

HUERFANA



DE HIJA

Durante los primeros treinta años de mi vida viví siendo yo, sintiéndome yo, y, sobre todo, protegida por mamá. Con eso bastaba.

Después viniste tú, y todo eso desapareció... En mi vida no había otra cosa que no fueras tú. Es más, podría decir que no había ni vida, que borraste los treinta primeros. ¡Todo eras tú!

Mi sol brillaba ya sólo a través de tus ojos. El agua de mis playas era también para bañarte a ti. Mis guisos olían a ti, y hasta mis besos y caricias eran ya todas para ti.

Ya te lo he dicho... nada importaba, mas que tú.

Después creciste, y empezaste a pensar, a vivir, y a sentir alejada de mí. Tus besos se hicieron más caros y casi inalcanzables, y, poco a poco, te fuiste alejando. Cada día un poquito más.

Pero yo te esperaba... y tú lo sabías. Y siempre volvías.

Pero esa terrible noche nuestro enemigo, ese al que llamabas esposo, y yo nunca pude llamar hijo, tenía su plan preparado para separarnos definitivamente.

Siempre supe que te pegaba, y nunca me atreví a decirte nada. El pesar en tus ojos era mayor que el dolor y el miedo... y nunca quise echarte una carga más.

Y callé en público mientras gritaba cuando estaba a solas en mi habitación. ¡Cómo me arrepiento, querida!.

Ahora te vas... ya te vas, al fin.

¡Vuela palomita... vuela alto!.

En la oscura y silenciosa habitación todo está en orden, limpio, y todo aguarda en su sitio, a la espera del desalojo.

El olor también es distinto. Ya no huele a medicina, ni a alcoholes. Ni siquiera huele a limpio. Ahora huele raro... es como la humedad rancia de aquella casa vieja de mis abuelos que guardo en el armario de mi niñez.

Mis lágrimas no me dejan ver más allá de tu cara. Tampoco la oscuridad de la habitación, iluminada por ese foco anaranjado, de tenue brillo apocado, colocado en la esquina.

Las máquinas están también todas apagadas, y ya han dejado de sonar esos estridentes chirridos que, poco a poco, se convirtieron en algo tan cotidiano como el sonido de los coches circulando por la calle.

Por primera vez deseo irrumpir en mi siempre cuidada formalidad, desobedecer el consejo de los médicos, y abrir la ventana.

A ti siempre te gustó el sol. No sé qué daño podría hacerte ahora.

No, no, no... aún no, cariño. Espera un poco más. Tu mano pierde fuerza, y deja de apretar la mía... aún no, por favor. Deja que te disfrute un poco más.

Te miro, mi cielo. Estoy tumbada a tu lado, y me sigues pareciendo aquel ángel que conocí treinta años atrás.

Todos los tubos y cables que antes rodeaban tus brazos se encuentran suspendidos en medio de la nada, al igual que mi propia angustia.

¡Dios, empiezo a no sentir nada!. Y eso sí que duele... Más que tu inminente partida.

Y mientras observo tu calma y tu marchita juventud sé que ha llegado tu hora.

¡Maldito momento, y maldita vida, que me hacen desear la muerte de la cosa que más quiero!.

Si supieras lo que duele desear que mueras. Duele mucho más que saber que no voy a volver a sentirte tan cerca nunca más.

Pero no es sólo eso. ¡Ojalá lo fuera!

Lo que duele de verdad es mi propia resignación ante el hecho de dejar marchar a lo único siempre echaré de menos. ¿Cómo podré hacer para no reprochármelo a diario?

¿Cómo podré vivir con eso que será tu no compañía diaria, y con esta pena tan grande que me hace sentir extranjera en una tierra que me pertenece, y a la que pertenezco desde el día en que naciste?

Y en este juicio del destierro, en el que ahora me encuentro, me siento tan culpable...

Jamás hallaré el salvoconducto capaz de alejar mi alma de esta quema inquisitorial a la que yo misma me he sometido.

¡Condenada a sufrir eternamente! – es la voz que oigo, retumbando en mi interior, y creo tenerlo merecido.

Dejarte aquí conmigo es lo que realmente quisiera... aunque fuera postrada en esa cama que ya conozco como aquella primera cuna donde dormiste tus primeros años.

Me da igual que no me hables, que apenas me veas, que apenas te muevas...

Alguien dijo que, posiblemente, oyeras. ¡Con eso me basta!

Al menos, durante todo este tiempo te he tenido aquí, a mi lado, donde siempre tuviste que estar. Aquí he podido soñar con el día en que abrieras los ojos, y pudieras levantarte de esta maldita cama que ya ha robado dos años de tu vida, pero que a mí me ha regalado otros dos a tu lado.

Pero me he rendido. Sí, me he rendido.

Ya ha llegado el momento de decirte adiós. Así lo han dicho los médicos, tus hermanos, la abuela... incluso papá, que era mi última esperanza. Todos dicen que sufres en vano, que te duele tanto el alma como el cuerpo.

Por eso hemos decidido dejarte descansar... aunque nosotros no podamos hacerlo ya durante el resto de nuestras vidas.

Querida mía, mi cielo, mi ángel... he luchado todo y cuanto he podido. Incluso más. Dios lo sabe... y espero que tú también.

No ha habido un solo día en el que no soñara con tu regreso, con tu mirada cruzándose con la mía, con aquellos abrazos que un día dejaste de darme por culpa de ese mal nacido. Pero lo que más echo en falta son tus besos, esos que sabían a fresas y otras frutas que la nueva primavera no dejará crecer más.

He entrado, y rezado, en todas las iglesias de la ciudad, he encendido velas que he visto cómo se consumían lentamente, y he llegado a hablar con esos santos colgados de las paredes... A todos he pedido por ti.

Y creía que nunca abandonaría. Esa era también mi propia esperanza. Entre todos me han derrotado, y ya me siento cansada.

Pero no estoy cansada de tener esperanza... de eso nunca se cansa una madre.

Estoy cansada de luchar contra mí misma para seguir creyendo que volverás con nosotros, de discusiones con los médicos, con tus hermanos, y con papá... con quien nunca había discutido.

Pero, sobre todo, estoy cansada de pensar que, quizás, no hago otra cosa que aumentar tu dolor y tu sufrimiento. ¡Y con eso sí que no puedo!.

¿Me entiendes? Espero que sí, y que sepas perdonarme.

Verte morir es muy duro, pero nada comparado con el agonizante dolor que muestra tu respiración.

Miro tu cara angelical y quiero volver a conectar todo. Alguien como tú no puede irse así, sin más.

Tu pelo quemado empezaba a crecer. Yo creí que era una señal, y me volví a subir a caballo ganador. Según los médicos no era señal alguna.

-Si hasta a los muertos les sigue creciendo el pelo – me dijo ese al que todos tratan como a una eminencia. Es desde ese día que no he vuelto a hablar con él... por muy catedrático que sea, y por mucho que todos lo idolatren. ¡No puedo verlo!

Y menos cuando fue él mismo quien convenció a todos para que te retiraran las ayudas que te mantenían con vida.

¡Menudo cabronazo!... Nunca odié a nadie tanto como le odio a él. Si hasta llegue a ver la cara del mismísimo Belcebú cuando nos hablaba con esa voz melosa, comunicándonos que no había nada más que hacer.

Aun así, ruego a Dios – por si tú no me oyes - para que algún día seas capaz de perdonarnos por tomar esta terrible decisión.

Para hacerlo más trágico le pusieron hasta hora, esa maldita hora que avanza y que, al fin, llegó.

Desde entonces llevo pidiendo que nos hagas una señal, pero este maldito reloj de arena parece hecho de agua. Desde entonces el tiempo no ha corrido... el tiempo ha fluido a una velocidad mareante. Al principio eran gotitas pequeñas, pasando de un tubo al otro por esa cinturita estrecha. Después eran auténticas cascadas que salpicaban lágrimas contagiosas que sabían donde viajar. Todas llegaban hasta mí.

Cuando hemos cortado la última máquina he pedido a todos que nos dejaran a solas.

Todos querían quedarse, pero todos han comprendido que necesitaba despedirme de ti.

Tus hermanos te han besado, y han salido llorando. ¡Pobres...!

Hasta papá lo ha entendido, y también ha salido. Ahora tendré que ser fuerte por él.

Y ha sido hoy cuando, por fin, me he podido acostar contigo, en esta cama, igual que hacía cuando eras pequeña y te leía ese cuento de princesas que tanto te gustaba.

Y por primera vez en dos años te he vuelto a sentir, y te he vuelto a poseer, sin miedo a dañarte.

¡Has vuelto a ser mi niña de rizos negros, de rostro blanco y pecoso, y de largos brazos esqueléticos!

Y también te he abrazado, y te he besado todos esos besos que te debía, como cuando eras mi bebé.

Llevo dos años esperando para poder abrazarte sin miedo a dañar tu cuerpo dolorido y herido, y aquí me tienes, a tu lado.

Estoy tumbada junto a ti, tanto que si despertaras te morirías de vergüenza.

Duérmete niña, duérmete ya...

Eres tan guapa que dueles mucho más.

Y es ahora cuando empiezo a ver por fin un signo de mejoría en ti. ¡Precisamente ahora!.

Tu respiración se acorta, apenas si puedo percibirla, pero tu mano sigue apretada a la mía.

Si hasta me ha parecido ver una sonrisa en tus labios... Seguramente serán mis lágrimas que me impiden ver la realidad.

Sí, mi vida, lloro lágrimas que no sé de dónde han salido. Son ya más de dos años llorando a diario, rezando por tu salvación, luchando para que vuelvas junto a nosotros.

¿Has vuelto a sonreír?

Veo que realmente empiezas a liberarte de tanto dolor, y eso hace que me sienta algo mejor.

Querida mía, ángel mío, vida mía... ¡vete ya, corre, vuela!

Vuela al cielo donde, seguramente, la yaya te estará esperando para guiarte y alejarte de este sufrimiento.

Te miro, tumbada, aún más a tu lado, y me sigues pareciendo aquel ángel que conocí treinta años atrás en ese paritorio que ambas estrenamos en este mismo hospital.

Tu mano ya deja de apretar la mía, y apenas oigo nada de tu respiración.

¡Dios, no siento nada!

Vuelves a respirar, pero hay algo nuevo. Tu respiración se hace jadeante, como si quisieras luchar por última vez.

Mi mente se bloquea mientras sigo abrazada a ti, oyendo tus últimos ataques de fortaleza.

Y por primera vez en mi vida desearía no ser tu madre, y no estar en esta habitación.

Te estoy viendo morir... para siempre.

Querida – te digo tiernamente, cogiendo tu cara, manchándola con mis lágrimas – vete ya... descansa en paz.

Y es entonces cuando abres los ojos – después de dos años esperándolo – y me miras. Es solo un segundo el que pasa antes de que vuelvas a cerrarlos, pero creo ver tu felicidad.

Entonces, lanzas un último suspiro. Es suave, lento, casi imperceptible.

Y es, cuando veo que ya te has ido, cuando mi alma se aleja de mi cuerpo, como siguiendo la tuya, y grito como nunca creo haber gritado antes.

Adiós, cariño... ¡Vuela, vuela alto!.

Y suspiras por última vez. Y tu aliento se adentra por mi boca y viaja hasta mi interior.

Lo noto. Es suave, casi sin fuerza, pero la suficiente como para apagar esa luz que llevo dentro... encendida hace ya casi treinta años.

Y grito. El grito, como el momento, ha sido desgarrador, como un huracán que ha paseado por mi cuerpo, arrancando todo y llevándose.

Alguien, que me escucha desde fuera, lo ha oído ya en otra ocasión... Hace casi treinta años.